

en el reino de un soberano débil, podría mas tarde desatarse sobre toda la sociedad. La silla de San Pedro estaba ocupada por Clemente XIII, que no se hizo desentendido de un negocio que tanto afectaba a toda la cristiandad; nombró una comisión que examinará las acusaciones contra los jesuitas, y representó con energía ante la corte de Portugal, para que no se confundieran los inocentes con los culpables y se procediera con justificación. Pero nada bastaba ya para contener aquella conflagración: la autoridad de un ministro vengativo se había coligado con la diabólica astucia de los filósofos y los jansenistas, y la ambición y todas las malas pasiones ayudaban a perseguir con inaudita tenacidad la Sociedad de Jesus y el momento de que se consumara el crimen estaba para llegar. La voz de Clemente XIII levantada en favor de la justicia y la inocencia oprimida, fue contestada con un frío sarcasmo; y sus energicas representaciones por los derechos ultrajados, tuvieron por respuesta la proscripción de todos los jesuitas del Portugal. Los que en las posesiones de Ultramar, se ocupaban en civilizar a los pueblos, fueron arrancados de entre sus discípulos y aglomerados en los primeros buques que se presentaban, eran llevados a las cárceles de Portugal a sufrir horribles padecimientos. Estas primeras victimas del filosofismo, no sintieron menos los efectos de la crueldad, que los primeros cristianos, cuya sangre estaba destinada para apagar la sed de los tiranos de Roma y divertir a un pueblo adormecido en su voluptuoso paganismo. Con objeto de que el triunfo fuera mas completo, se hizo sentir todo el peso del horror, sobre aquellos hombres encanecidos en la observancia de su regla y en los trabajos del apostolado, ejercido a lejanas distancias y a costa de las mas grandes penalidades; y á la vez a los religiosos novales se les quería dispensar de sus votos, ofreciéndoles un premio por la apostasia. Pero por fortuna de la compañía y de la religion, ninguno cedió a estas

mesquinas instigaciones, y la historia nos conserva cartas llenas de un heroico valor y admirable abnegación, fechadas en el octavo año de la prisión, y en el primer momento que la crueldad daba una pequeña tregua para escribir estos documentos, testimonios irrefragables de la injusticia de aquellas medidas. Cuando Pomal explotando la criminal debilidad del rey José y los arsenales de su ferocidad, hizo apurar a los jesuitas el cañal de los sufrimientos sin quebrantar la inalterable constancia, no solo de los sacerdotes envejecidos en los duros trabajos de las misiones, pero ni aun siquiera de los visiones que preferían la muerte a dar al mundo el escandalo de su debilidad, y que por otra parte la voz del vicario de Jesucristo no cesaba de reclamar los fueros de la justicia y de la religion, se determinó a dar el último golpe para la consumacion de su obra. Todos los religiosos que pudieran sobrevivir a los insultos, los malos tratamientos, los horrores de la cárcel y la mas violenta persecucion, fueron aglomerados en buques mercantes donde sin la necesaria provision, eran despachados para arrojarlos en las costas de Italia, esperando que la inflexible voluntad pontificia, se doblegaría á la vista de tantos proscritos amontonados en los Estados de la iglesia. La Sociedad de Jesus quedó destruida en Portugal y el ministro victorioso y dueño de los despojos de los vencidos, que era uno de los móviles que aglomeraron tantas pasiones en contra de sus victimas; pero estas sin oponer siquiera una queja, bendecian la mano que los oprimia, y daban un solemne testimonio de la injusticia con que eran tratados por sus envidiosos y avaros perseguidores.

Una vez que en Portugal se hubo destruido la Sociedad de Jesus, sin que los padres opusieran mas resistencia, que la digna y una esforzada voluntad para recibir los golpes de sus

[11] Carta del religioso Lorenzo Reuban fechada á 12 de Octubre de 1767 en la cárcel de San Julian á orillas del Tago. ESTUD. T. 3.º - P. 51.

CAPITULO BIBLIOTECA U. A.

en el reino de un soberano... a mas tarde desatarse
 enemigos, los filósofos y los jansenistas de Francia se dieron
 prisa para disparar los tiros que debian acabar con esta mili-
 cia tan formidable de la iglesia catolica en los demás reinos
 de la Europa. El trono de Francia se ocupaba entonces por
 Luis XV: este monarca sin heredar el genio con que Luis XIV
 se dió nombre á su siglo, dejó seguir á su corte en aquellos ses-
 tañosos desórdenes, en que tambien estaba envuelta su vi-
 da; y sus vergonzosas relaciones con la marquesa de Pompa-
 dou, suministró otra arma mas á los enemigos del catolicis-
 mo, que de pronto fué empleada para perder á la compañía
 de Jesus. Se quiso obligar á los padres del instituto para que
 autorizaran el sacrilegio del rey admitiéndolos á recibir los
 sacramentos para dar un ejemplo de edificacion al pueblo, por
 la vez de seguir envuelto en los vicios y en la corrupcion.
 Para honor de la Sociedad de Jesus y del sacerdocio catolico
 los padres jesuitas Saey, Peruseau y Demarets directores espi-
 rituales de Luis XV, y la marquesa de Pompadour, tuvieron
 la suficiente firmeza para no cometer semejante crimen, y antes
 que manchar con la infamia su ministerio, prefirieron arrostrar
 la persecucion que se desencadenaba no solo contra ellos sino
 contra toda la Orden. La marquesa puso todo su criminal influjo
 á las órdenes de los enemigos de los jesuitas, y el rey dejó correr
 aquel torrente que debia concluir con llevar á su familia
 algunos años despues á enrojecer con su sangre el cadalso.
 Pronto se vino á presentar otro incidente, que se convirtió
 en una arma mas poderosa. El padre Antonio Davallette, superior
 general de las misiones de la Martinica, llevado de
 su genio emprendió el comercio en algunos negocios mercantiles
 de los que los canones les permitian á los directores de las
 misiones para el bien de los pueblos puestos bajo su cuidado.
 En esto se contrajo algunos compromisos y los resultados no
 correspondieron á sus cálculos de suerte que para emborru-
 nar crédito y el de la casa que representaba dió mayor caudal

a su tráfico mercantil traspasando la esfera que el derecho ca-
 nonico y las constituciones de su instituto le permitian. Todo
 esto no lo supieron los superiores, hasta que el mismo negocio
 se encargó de revelar el secreto, porque cumplidos los plazos de
 algunos acreedores, estos llevaron su reclamo á los tribunales,
 y tanto los acreedores como los enemigos de la Orden no vie-
 ron en aquello el criminal abuso de un individuo que fué cas-
 tigo terriblemente por las prescripciones del instituto, sino
 que con él quisieron arrojar la infamia á toda la Sociedad.
 Entonces se renovaron todos los odios que el celo de la
 compañía habia creado en dos y medio siglos, se resucitaron
 las añejas calumnias, se falsificaron documentos, se inventaron
 mentiras, y en aquel momento en que se colmaba la medida,
 todo se conjuró contra el instituto de S. Ignacio: la obra de
 Portugal se repetia en Francia: la debilidad de Luis XV cor-
 ría parejas con la de José I: el duque de Choiseul, seguia pa-
 so á paso la carrera del marques de Pompa: en Francia con-
 taba armas el filosofismo con el poderoso influjo de la antigua
 marquesa de Pompadour; y el parlamento francés lo mismo
 que el consejo portugués, dió el golpe de muerte á los jesui-
 tas, mandando cerrar todas sus casas, confiscar todos sus inte-
 reses y proscribir á todos sus miembros.
 Estaba ya dado el golpe en Portugal y Francia; pero no
 contentos los filósofos con que la compañía existiera en otros
 reinos de Europa, dirigieron luego sus miradas á España, que
 en aquel acto era regida por Carlos III. En él no podian
 contar ni con el odio á los jesuitas, pues antes era su declara-
 do protector, ni tenia la debilidad de José y Luis XV: de
 suerte que para hacer servir el animo de este monarca á la o-
 bra de la destruccion, se tuvieron que emplear otros medios.
 Ocupaba la presidencia del consejo de Carlos III, el conde
 de Aranda quien hizo formar de él á un escritor prusiano, el
 siguiente juicio. Embriagóse con los incienso que quema-

CAPILLA
 BIBLIOTECA
 U. A.

han en su altar los filósofos franceses, no conocía mayor gloria que la de que se la contase entre los enemigos de la religión y de los tronos." y Grotineau Juli añade: "Marchaba de igual estandarte de la incredulidad." Conociendo por estos rasgos cual era el hombre á quien se debió en España la extinción de la Compañía de Jesús, no es difícil hacer la debida apreciación de este hecho, cuyas causas se quisieron envolver en un misterioso silencio, como si las sombras y la oscuridad para que la posteridad pueda juzgar fueran suficientes á justificar un acto semejante y acallar la conciencia de sus autores.

En esos días hubo en Madrid un alboroto en el pueblo con motivo de ciertas reformas introducidas en el traje de los españoles, y el rey tuvo que ocultarse temeroso del furor del pueblo; para evitar algunos desastres en la ciudad, los jesuitas salieron de sus casas y con tuvieron el tumulto, retirándose á sus casas al grito de "Vivan los jesuitas!" La ciudad quedó pacificada, y Carlos III avergonzado de su debilidad por haber huido, no menos que altamente ofendido en su dignidad por ver que pesaba mas en la balanza de la opinión de su pueblo la autoridad de unos pobres sacerdotes que la del monarca.

El duque de Alba, que estaba ligado con los enciclopedistas para atizar en su país el fuego de odio contra los jesuitas y que segun la relación que á su muerte hizo al obispo de Salamanca, había sido el autor de aquella resonada del pueblo, para que pudiera imputarse á los padres de la Compañía (12) se asoció al conde de Aranda, para animar la desconfianza que aquel acontecimiento había hecho nacer en el ánimo del rey contra los jesuitas.

El autor de la historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús, buscando las inmediatas causas á que se deba atribuir en España la supresión de esta orden, se en-

(12) Grotineau Juli obra cit. tom. 4. nota 1. á la pag. 330

CAPITULO U. A. BIBLIOTECA

contraron aquel escrito, consultando á los auditores católicos y ocurre al mismo arsenal de los adversarios del instituto, para esplicarosté acontecimiento.

El anglicano Coxe en el tomo V de su Viaje á España habla de los reyes de la casa de Borbon y dice: "Desde el año de 1764 el ministerio francés se propuso llevar á cabo la extinción de los jesuitas en los otros países, y se ocupó sobre todo en el comenzar que fuese en marjados del territorio español. Este objeto, no paldonó Choiseul medio ni intetiga para espantar la alarma acerca de sus principios y de su carácter. Atribuíales todas las faltas que parecían deber traer el mal de la libertad. Ordenó que se repartiese en hacer porcular cartas apócrifas bajo el nombre de sus generales y otros superiores, y de hacer publicar odiosas calumnias contra algunos individuos de la Compañía. Circulaban por todas partes rumores necerías de sus dramas supuestas y sus conspiraciones contra el gobierno español. A fin de hacer la acusación mas verosímil se redactó una carta que se supuso haber sido escrita por el general de la orden en Roma y dirigida al provincial de España, y en la cual se mandaba que excitase insurrecciones, y adiste escrito había sido enviado de modo que fuora interceptado. Había base de las riquezas inmensas y de las propiedades de la Orden lo cual era un sebo para lograr su abolición. Por otra parte, los jesuitas perdían mucho de su influencia sobre el ánimo de Carlos III oponiéndose á la canonización que deseaba con tanto ardor de D. Juan de Palafox. Pero la principal causa de su expulsión fué el buen resultado de los medios que se emplearon para hacer conocer al rey que ellos eran los que habían provocado el alboroto que acababa de nstallar en Madrid, y que trazaban todavía nuevas maquinaciones contra su propia familia y su persona. Imbuído en esta opinión, el rey se convino de esloso protector en su implacable enemiga, y así presurbió seguir el ejemplo del gobierno francés."

arrojando de sus estados una compañía que le parecía tan peligrosa."

La misma idea desarrollan Leopoldo Banke en su historia del Papado y el calvinista Sismond en su historia de los franceses; y Schoel, diplomático prusiano y autor protestante que antes hemos citado completa este unánime testimonio de la justificación de los jesuitas, diciendo: "En 1764 el duque de Choiseul expulsó los jesuitas en Francia; más no contento con esto, perseguía esta Orden hasta en España. Empleáronse todos los medios para convertirlos en un objeto de terror para el rey, y logróse por fin por medio de una calumnia atroz. Se asegura que se enseñaron una supuesta carta del padre Ricci, general de los jesuitas, que se cree haber sido escrita por el duque de Choiseul; carta en la cual el General decía á su corresponsal que habia alcanzado reunir los documentos que probaban de un modo incontestable, que Carlos III era hijo de adulterio. Esta absurda invención, impresión no tanto al rey, que se dejó arrancar la orden de la expulsión de los jesuitas."

Fuera de estos testimonios que tienen tanta más fuerza, en tanto que todos estos autores como protestantes son contrarios á la iglesia católica y por lo mismo á la Sociedad de Jesús, existe otro hecho que prueba lo mismo y se halla consignado en una nota al autor antes citado, página 334. Bueno es añadir aquí dice, una particularidad muy interesante para la historia de los medios empleados para hacer decaer la Compañía de Jesús del aprecio de Carlos III. Además de la supuesta carta del padre Ricci, hubo otros escritos apócrifos y entre ellos una carta, en la que le habia imitado perfectamente el carácter de un jesuita italiano, la cual estaba llena de sangrientas invectivas contra el gobierno español. Cuando Clemente XIII pidió con instancia que le enviasen algunos documentos convincentes que pudiesen ilustrarle, le

enviaron aquel escrito. Uno de los encargados de examinarlos fue Pio VI, que no era á la sazón más de un simple prelado. Al mirarlo echó de ver desde luego que el papel era de fábrica española y le pareció muy extraordinario que para escribir en Roma se hubiese ido á buscar papel á España. Examinándolo mas de cerca á la luz reparó que el papel no solo tenia el nombre de una fábrica española, sino que tambien la fecha del año en que habia sido fabricado: ahora bien, como esta fecha era posterior de dos años á la carta, se seguia que esta carta debia haber sido escrita en aquel papel dos años antes que existiese. La impostura, la falsificación era manifiesta; pero estaba el golpe dado en España, y Carlos III no era hombre para reconocer y reparar una injuria.

No solo se justifica con todos los documentos y declaración de los testigos contemporáneos, que la expulsión de los jesuitas de España no fue una obra de conveniencia, y que se precipitó á ella el monarca español, sino lo mismo consta por el expediente que se formó algunos años después, sobre si convendria admitir de nuevo los jesuitas en el reino: entonces el gobierno de Fernando VII confesó que la causa de la extinción de la compañía de Jesús, habia sido una orden arrancada por sorpresa y por los medios mas artificiosos e inicuos á su magnanimo y piadoso abuelo el rey Carlos III.

Quando el negocio estuvo preparado por medio de las intrigas del conde de Aranda, se formó un expediente de acusación contra todos los individuos de la compañía, fundada en las delaciones y calumnias que el mismo Conde pagaba y dirigia, y este expediente se elevó al Consejo, donde el fiscal D. Rodrigo de Campomanes, apoyó todas las calumnias, pero no fundándose en pruebas, sino criminalizando á la compañía, por la humildad de su exterior, por las limosnas que repartian, por su anhelo con que se consagraban á remediar los males de los

CAPITULO
BIBLIOTECA
U. A.